

M.CAMPANINI: *L'Intelligenza della Fede, Filosofia
e Religione in Averroè e nell'Averroismo.*
(Pierluigi Lubrina editore, Bergamo, 1989)

Idoia MAIZA OZCOIDI
Dpto. Filosofía. UNED

En este volumen reúne el autor una serie de textos y de artículos ya publicados en diferentes revistas, Actas de Congresos y Anuarios, a los que antepone una introducción que quiere justificar su intento de arrojar luz y aclarar la polémica que une el contenido de aquellos. Esta polémica se define por el título mismo puesto al libro, la Inteligencia de la fe, el conflicto de la armonía entre el ámbito religioso y el ámbito filosófico y científico en Averroes y en el averroísmo.

La obra de M. Campanini es a la vez un rastreo histórico en busca de las distintas soluciones ofrecidas al problema mencionado, y una reflexión personal sobre uno de los temas sin duda más controvertidos de cuantos se debatieron en toda la Edad Media y el Renacimiento. El estudio pretende recuperar en su dimensión integral a Averroes, valorando junto a ello de una manera más profunda y global de como se ha venido haciendo, cuál fue la comprensión de Averroes en el mundo occidental cristiano. Quedan por ello desautorizadas en su libro las lecturas sesgadas que se han hecho de él, y se lo resitúa como un conciliador convencido entre posiciones históricamente contrapuestas, a las que no puede reducirse sin menoscabo de una justa comprensión.

A la rica introducción dividida en dos partes y que ocupa un tercio del libro (pp. 9-61), sigue una sección de Textos (pp. 75-125), donde se traducen precedidas de breves introducciones, partes iluminadoras de las obras de Algacel, Averroes, Egidio Romano, Boecio de Dacia y Pietro Pomponazzi, en relación al tema de las relaciones entre la filosofía y la religión. La tercera parte del libro, la sección de Estudios, recoge en once interesantes artículos las opiniones y puntos de vista de distintos estudiosos. Opiniones que el autor compartirá, o de las que se alejará abiertamente a lo largo de su exposición. El volumen se cierra con la

Éndoxa: Series Filosóficas, n° 2, 1993, UNED, Madrid:

*Maiza Ozcoidi Idoia: <L'Intelligenza della Fede, Filosofia e Religione in Averroè e nell'Averroismo>
pp. 379-384.*

enumeración de la extensa bibliografía utilizada por M. Campanini para sus análisis.

En la primera parte de la introducción se plantea el problema de las relaciones entre la filosofía y la religión dentro de la comunidad musulmana. A continuación el autor procede a realizar un análisis sistemático del *Fasl al- Maqâl*, profundizando las principales líneas críticas de dicha obra, que como sabemos, representa el momento fundamental de la reflexión de Averroes sobre aquel problema. No limitándose al *Fasl al-Maqâl*, del cual ofrece en la segunda parte de su libro casi un tercio de su traducción (pp. 83-95), el autor reproduce diversas citas y determinados pasajes del resto de la obra teológica, filosófica y legal de Averroes, que junto al análisis crítico de las opiniones de distintos estudiosos sobre el particular tema debatido, constituyen el fundamento que permite a M. Campanini avanzar sus conclusiones.

Con Averroes se presenta ciertamente en toda su dramaticidad el problema de una filosofía musulmana. Si Algazel evitó siempre llamarse filósofo y hacerse pasar por tal, Averroes encaminó toda su actividad especulativa a la tentativa de conciliar la religión y la filosofía. La afirmación central contenida en el *Fasl* y que resulta el fundamento imprescindible para todo juicio sobre la obra, es que "la verdad no contradice a la verdad, sino que le sirve de testimonio confirmativo". Esto significa que no existen dos verdades, sino dos caminos que no siendo ni divergentes ni alternativos, conducen a la única verdad que existe para el musulmán creyente: la existencia de Dios y su imcomprensible unicidad.

La distinción atribuída a los filósofos de que la filosofía se dirige a la élite y la religión a la masa, no es correcta, al menos en el caso de Averroes. La filosofía es un ámbito que compete sólo a los filósofos, mientras que la religión compete a todos, filósofos y pueblo del mismo modo. De hecho Averroes fue categórico al sostener que los principios fundamentales de la religión son todos verdaderos y que ningún musulmán, sea filósofo o no lo sea, puede dudar de su verdad. Tampoco puede someterlos ni a discusión ni a alegoría. Sin embargo existen otros principios religiosos, como la cuestión de la eternidad del mundo, que se alcanzan exclusivamente por medio del rigor demostrativo. Ello no justifica la conclusión de algunos entre ellos (Gauthier) de que el filósofo pueda prescindir de la revelación. Al menos, si atendemos a sus textos, parece que en tanto filósofo Averroes se dió perfecta cuenta de que exis-

ten afirmaciones religiosas inaccesibles al intelecto; por lo que siendo también un sincero musulmán, pensó que la revelación es necesaria, al proporcionar un conocimiento del que difícilmente tendríamos noticia si no existiese. Dice así en el *Tahâgut*, que "la religión revelada es mejor que una religión construída según la sola razón prescindiendo de la revelación" (Tahafut, M. Bouyges, Beyrut, 1930, p. 584.) .

Sin dudar de su sinceridad, M. Campanini subraya la contradicción entre fideísmo y racionalidad que a su juicio existió en la mente de Averroes. Tal contradicción no pone en discusión la fundamental convicción de la unicidad de la verdad . La dificultad la resolvió el pensador cordobés insistiendo en la diferenciación social y cultural que hace de algunos hombres sujetos más apropiados que otros para el estudio de la filosofía. M. Campanini insiste en este criterio sociológico que adoptó Averroes en su examen de los ámbitos filosófico y religioso. En cualquier caso de ningún modo dijo Averroes que el Corán contuviera algo falso, o que no fuera palabra de Dios, o que expresara verdades menos verdaderas que aquellas que alcanzaba la filosofía. La finalidad de Averroes no fue denigrar la religión ni demostrar que la verdad filosófica es más perfecta que la verdad religiosa, sino subrayar que las conclusiones de la filosofía son idénticas a las de la Ley revelada. Junto a Michel Allard, cuya opinión el lector encontrará explicitada en la sección de Estudios (pp. 153-161), el autor sostiene que la diferencia entre la verdad religiosa y la filosófica, depende de una razón semántico-lingüística: aunque expresan la misma verdad, el lenguaje de la filosofía es más riguroso y racional que el de la religión. Así, la verdad será filosófica o religiosa según la forma que revista. Esta afirmación, que en un ambiente cristiano sería tachada de racionalismo, no debía resultar igualmente provocativa para los musulmanes. Hay que reconocer, en efecto, que el carácter sobrenatural de la verdad de fe, no existe en el Islam. Las principales verdades enseñadas en el Corán no van más allá de la razón humana. Por consiguiente, pretender recuperar lo esencial de la revelación coránica mediante un esfuerzo racional, no implica ninguna negación del contenido de tal revelación. Sostener la verdad religiosa en que creían, con todos los recursos del razonamiento, fue algo que la mayor parte de los filósofos y teólogos del Islam persiguieron. Así, la posición de Averroes no es excepcional, sino que se sitúa en una corriente bastante amplia de pensamiento y tendencia racionalista. La interpretación del pensamiento de Averroes, y en concreto de la relación entre la filosofía

y la religión, ha estado condicionada por los escritos de Gauthier, quien le tachó de racionalista absoluto, y entendió el término en sentido tradicional. Gauthier insiste en el hecho de que para Averroes la religión es sobre todo útil, mientras que la filosofía constituye la única ciencia verdaderamente rigurosa. El análisis de este estudioso aceptado probablemente sin un directo conocimiento de la obra de Averroes, ha conducido a un forcejeo, si no a un malentendido, en la historia de la crítica. El hecho es que interpretaciones como las suyas repetidas por estudiosos como E. Gilson, se fundan en el grave equívoco de confundir la verdad con la certeza. Si la primera es igual para todos, (la verdad no puede contradecir a la verdad) el grado de certeza es proporcional a los instrumentos cognitivos adoptados, (por ejemplo la filosofía da más certeza que la dialéctica) y a las aptitudes psico-biológicas de los individuos (los teólogos sostienen certezas racionalmente más justificadas que la masa).

M. Campanini rechaza decididamente la idea de que para Averroes la religión es una mera aproximación de la verdad. Su conclusión con respecto al pretendido racionalismo de Averroes, es subrayar que se trata de una cuestión terminológica: si "racionalismo" quiere decir negar una dimensión trascendente del saber o tener la certeza de que más allá de las conclusiones de la razón no hay conocimiento, Averroes ciertamente no fue racionalista. Sin embargo, si entendemos "racionalismo" como voluntad de no contravenir a las conclusiones que se extraen por necesidad de algunos principios presupuestos, entonces sin lugar a dudas Averroes fue racionalista. Insistió de hecho, no sólo en el orden necesario de la ciencia, sino que afirmó sin ambigüedad que con el término de filosofía se entiende el examen teórico de las cosas, conforme a la naturaleza de la demostración apodíctica. Toda epistemología tiene reglas y éstas deben ser respetadas. Tal es el núcleo del racionalismo de Averroes.

La segunda parte de la introducción va dirigida a mostrar la relación de Averroes con el occidente latino. A juicio de M. Campanini, esta relación fue característicamente contradictoria. De un lado fascinación por su rigor argumentativo, y de otro espanto por su audacia teórica. Los averroistas comprendieron bastante bien la posición de su maestro en su reivindicación de la dignidad y autonomía de la filosofía con respecto al saber teológico. Sin embargo, el temor de comprometerse demasiado con una tradición que se cubrió rápidamente de heterodoxia,

fue quizás el responsable de que, aunque muchos sufrieran el influjo averroísta, no revelaran con plena claridad su identidad. En verdad, el problema de definir e individuar una "escuela" averroísta es bastante arduo. Todos los filósofos de la alta Edad Media utilizaron algo los escritos de Averroes, y fueron influenciados por él. Por tanto, aunque en sentido lato podríamos considerarlos averroístas. Sin embargo es difícil, por no decir imposible, encontrar un sólo averroísta íntegro que compartiese la mayor parte de la doctrina del pensador musulmán. Hay que insistir en que el "averroísmo" huye de toda definición precisa. Existen más bien gradaciones y matices de pensamiento en los que es posible notar huellas del influjo de Averroes. Considerado el común horizonte de referencia aristotélica, hoy los "averroístas" prefieren llamarse (bajo propuesta de algunos como Van Steenberghen) aristotélicos radicales. Más que seguir cronológicamente el desarrollo del aristotelismo radical, que a partir del siglo XIII prosigue hasta pleno Renacimiento, M. Campanini articula una reflexión sobre algunos nudos problemáticos particularmente importantes para el tema de las relaciones entre la filosofía y la religión, como el de la teoría de la doble verdad, falsamente atribuida a Averroes. También hay que señalar que, lejos de permanecer en un plano estrictamente teórico, examina algunos momentos del apasionante debate, vivo durante todo el siglo XIII y XIV, sobre la eternidad del mundo.

Que ningún pensador latino ni del siglo XIII ni del siglo XIV o XVI teorizó y en la mayor parte de los casos ni siquiera creyó verdaderamente en la existencia de dos verdades contradictorias, es indiscutible para el autor. Los aristotélicos sin embargo, no formularían con la misma claridad de Averroes, la opinión de que la verdad es única; y esto naturalmente, ha podido suscitar dudas y recriminaciones. Es claro que algunos como Pomponazzi, buscaron en Averroes una autoridad que justificase sus propias intenciones de atribuir a la filosofía su terreno propio, y a la religión el suyo; otros como Egidio Romano o Stefano Tempier vieron en Averroes el ateo e impostor que había apartado la filosofía del control de los teólogos. En cualquier caso hay que reconocer que ninguno siguió a pie juntillas su autoridad, y que muchas de sus intenciones, a falta de un conocimiento directo de su obra árabe, fueron forzadas o exageradas. A juicio de M. Campanini, hay que adoptar sin embargo aquello que es un resultado consolidado de la crítica historiográfica: que en general el averroísmo es más importante en el método y

en su actitud mental, que en sus ideas singulares. Aplaudo la necesaria labor de higiene intelectual que considero lograda por M. Campanini en este libro, para conjurar uno de los males de la historiografía filosófica: atribuir falsas doctrinas o distorsionar el pensamiento, por la mala costumbre de abordar determinados problemas bajo parámetros de la cultura occidental, y con prejuicios, la mayor parte de las veces tan diversos como inconsistentes. Su insistencia en subrayar las diferencias entre los esquemas musulmanes y cristianos, al examinar cuestiones como la del significado del acto de fe; las debidas precauciones, explícitamente exigidas por el autor, y la cautela a la hora de examinar determinados problemas, son una muestra de ello. Igualmente merece destacarse la atención prestada a cuestiones generalmente olvidadas y poco profundizadas, como la de la actitud psicológica de Averroes hacia la religión y la filosofía, y su atención manifiesta a no perder de vista la dimensión epistemológica de las cuestiones debatidas.

Considero también digna de subrayarse la amplia utilización en los análisis de una abundante bibliografía, y la cuidadosa y lograda selección de textos a los cuales M. Campanini recurre constantemente para fundamentar sus conclusiones. Densidad informativa, sí, pero acompañada de un estilo suelto que hace cómoda e inteligible la lectura, además de gustosa para todos aquellos que aplauden todo esfuerzo de reactualizar el contacto vivo y renovado con el pensar histórico.